

frescas huellas de caballos que encontraron de improviso, les dieron á entender que ya andaban por allí otros españoles. Ultimo golpe para el ambicioso Alvarado, que tras desastre tan grande empezó ya á temer con fundamento que, descubierto antes y recorrido el pais por otros castellanos, le era forzoso abandonarle ó conquistarle á la fuerza.

No se engañaba, por cierto, en su siniestra conjetura. El Mariscal Almagro, que habia sabido en Vilcas por Gabriel de Rojas los intentos y marcha de Alvarado, partió tan ligero como el rayo á contenerle; y reforzando la poca tropa que llevaba con alguna gente de San Miguel de Piura, y con el destacamento que tenia Belalcazar, á quien hizo al instante venir cerca de sí, se situó en Riobamba y envió ocho caballos á reconocer la comarca. Dieron estos corretores con Diego de Alvarado, que para tomar tambien lengua y conocer la tierra, habia sido enviado con buen golpe de gente, y acertó á tomar el mismo camino. Eran pocos los de Almagro, y tuvieron que rendirse prisioneros. Mas tratados con la mayor urbanidad y cortesía por Diego de Alvarado, fueron conducidos á su hermano que los acogió igualmente bien, diciéndoles que su intencion no era buscar escándalos sino descubrir nuevas tierras, y servir en ello al Rey, á lo cual todos estaban obligados. Esto dicho, los agasajó y regaló noblemente, y los envió al Mariscal con una carta en que manifestando los mismos sentimientos moderados, le avisaba que iba á acercarse á Riobamba, donde lo arreglarían todo amistosamente y á su satisfaccion.

A esta carta contestó Almagro con tres comisionados que le envió, encargados de darle de su parte la bienvenida, de manifestarle el sentimiento que tenia por los trabajos padecidos en los puertos nevados; añadiendo que no dudando de su buena voluntad, como tan leal caballero, le aseguraba que la mayor parte de aquellos reinos caía bajo la jurisdiccion de Don Francisco Pizarro, y que él mismo estaba aguardando de un dia á otro los despachos para gobernar al oriente, todo lo que caía fuera de los límites señalados á su amigo. Con esta insinuacion, dejada caer como al descuido, cerraba á Alvarado las puertas de allá al mismo tiempo que las de acá, y le daba á entender, que así como defendia la gobernacion de su compañero, defenderia tambien la que esperaba obtener para sí propio. Alvarado, incierto y dudoso del partido que le convenia, respondió que cuando estuviese cerca de Riobamba enviaria propios mensajeros con la contestacion, y prosiguió su camino hácia allá.

Hasta aquí las comunicaciones eran mas cortesés que hostiles. Mas no por eso, cuando ya los campos comenzaron á acercarse, dejaron los dos partidos de hacerse la guerra de intriga, frecuente siempre en las discordias civiles, cuando los ánimos no estan enconados. Los recién venidos ponderaban su fuerza: los de Almagro con mas cautela y mejor efecto, les insinuaban que las ricas provincias de aquella gobernacion estaban aun por repartir, y que mas cuenta les tenia entrar con ellos pacíficamente á la distribucion, que ir con su general á buscar tierras

inciertas, y acaso otros puertos de nieve donde acabar de perecer ¹. Empezó tambien la desercion: de la parte de Almagro se pasó á la de Alvarado el intérprete Felipillo, y al Mariscal se pasó Antonio Picado, secretario del general de Guatemala. No pudo este llevarlo en paciencia, pues al instante mandó salir el grueso de su gente, tendidas las banderas, y en son y aparato de guerra se acercó á Riobamba, con ánimo de no guardar miramiento ninguno, y romper las hostilidades si no le entregaban su secretario. Almagro, que no tenia mas que ciento y ochenta hombres contra cuatrocientos que venian sobre él, no desmayó por eso, y fiado en el valor y resolucion de su gente y en los manejos secretos que tenia en el campo enemigo, aguardaba á su adversario sin temor, y animaba á los suyos con palabras de esfuerzo y confianza.

Todavía para excusar en lo posible el escándalo que amenazaba, con la autorizad y entereza de un hombre que manda en el pais, envió á decir á Diego de Alvarado que se acercaba con la vanguardia, que hiciese alto, y así lo hizo. Entonces el Adelantado volvió á pedir que se le entregase su secretario Picado, pues era criado suyo. *Picado es libre*, contestó Almagro, *y puede irse ó quedarse, sin que nadie le haga fuerza para ello*. Y para acabar de poner las formalidades de su parte, así co-

¹ El mismo Alvarado en la carta que escribió al Emperador desde Guatemala en mayo del año siguiente, dándole cuenta de su expedicion, confiesa que las dádivas y ofertas de Almagro pudieron tanto entre los suyos, que si yo, dice, *quisiera partirme á mi conquista, no ballara treinta hombres que me siguieran.*

mo estaba la justicia, envió en seguida al alcalde y escribano de la nueva poblacion de Riobamba, que en aquellos mismos dias quiso fundar allí, para alegar en todo caso la primacia de posesion. Estos comisionados intimaron judicialmente al Adelantado que se fuese á su gobernacion de Guatemala, que no usurpase la agena, y que de lo contrario le protestaban todos los daños y perjuicios que de la contienda se siguiesen. *Yo soy gobernador y capitán general por el Rey*, replicó vivamente Alvarado, *y puedo entrar y andar en el Perú por donde quiera que no se haya dado á otro en gobernacion. Si el Mariscal tiene poblado en Riobamba, yo no entiendo de hacerle perjuicio, ni pretendo otra cosa, que tomar por mi dinero lo que hubiere menester para mi ejército.*

Blandeaba Alvarado: ni su orgullo, ni su vanidad, ni su pujanza le podian defender del desaliento que le inspiraba su propia sinrazon. Contra el parecer de todos habia salido de Guatemala, contra el parecer de todos estaba en el Perú. Veía á los suyos inciertos, divididos en opinion, y muy poco ganosos de pelear: mientras que los contrarios se mostraban animosos, inflexibles, sin dar la mas mínima señal de flaqueza. Cedió pues, y con los comisionados de Almagro envió dos capitanes suyos, para que conferenciasen con él, y tratasen de concierto. De aquí resultó la vista entre los dos generales que se apalabró para el dia siguiente, y se verificó en Riobamba, á donde pasó el Adelantado acompañado de unos pocos caballos.

Recibióle el Mariscal con toda especie de honor y cortesía; y luego que estuvieron en presencia uno de otro, habló primero Alvarado: *“Públicos, dijo, son en las Indias los grandes servicios que tengo hechos á la corona, y públicas tambien las mercedes y honores que he recibido del Rey. Gobernador y capitán general de un pueblo tan grande y rico como Guatemala, pudiera contentarme con esto, y reposar en tan gran dignidad y confianza; pero el ocio dice mal con la profesion de un soldado que ha trabajado y servido toda su vida, y se halla todavía en edad de trabajar. He querido, pues, merecer mas honra de mi Rey, y mas celebridad en el mundo. Habilitado por S. M. para descubrir por mar, dejé el designio que tenía de tomar mi rumbo á las islas del poniente, llevado de la fama que corria de las riquezas de estas tierras del sur. Arribé y me interné en ellas, no creyendo que estuviesen bajo los límites del gobernador Don Francisco Pizarro. Mas pues Dios lo ha dispuesto de otro modo, y la tierra, segun veo, está ya ocupada, por mi parte, señor Mariscal, no se dará escándalo ninguno en ella, ni el Rey será deservido.”* Almagro en pocas razones, segun su índole y su costumbre, alabó mucho su propósito diciendo, *que no habia creído jamás otra resolucion en tan honrado caballero.* En esto llegaron Belalcázar y otros principales capitanes de Almagro, y besaron las manos al Adelantado; lo mismo hicieron los de este con Almagro, y todo se volvió cortesías, amistades y ofrecimien-

tos urbanos y caballerosos. Pareció tambien allí Antonio Picado, y su general le perdonó; del mismo modo que el intérprete Felipillo, que fué restablecido en la gracia del Mariscal.

Tratóse luego del concierto que debía tomarse para que todo quedase allanado, y mediando el licenciado Caldera, Lope Idiaquez, y otros caballeros principales de uno y otro bando, se acordó que el Adelantado se apartase de aquel descubrimiento y conquista, y dejada la gente y los navíos en el Perú, se volviese á Guatemala, abonándole cien mil pesos de oro por los gastos que habia hecho, y en precio y paga de la armada ¹. De todo se hizo pública ^{26 de Agosto de} y formal escritura; y aunque de semejante transaccion pudiese pesar á algunos de los gefes del ^{1534.} ejército de Alvarado, que perdian por el mismo hecho el grado que llevaban en él, la mayor parte de los soldados se alegraron, porque de aquel modo se evitaba una guerra civil y quedaban en tierra rica. Así se lo manifestó su general cuando se despidió de ellos, añadiendo con tanta gracia como cortesanía, que nada perdian sino sola su persona, y que pues ganaban tanto en la del señor Mariscal, les rogaba que le reconociesen gustosamente por su caudillo,

¹ Herrera dice que fueron ciento veinte mil pesos el precio en que se ajustó la armada; pero la escritura de venta que he tenido presente solo reza los cien mil. Este documento se otorgó en Santiago de Quito (nombre puesto á la poblacion proyectada en Riobamba) en 26 de agosto de 1534, y fué autorizado por el escribano Diego de la Præsa. Por aqui se ve que el tránsito de Alvarado desde Puerto Viejo hasta Quito duró desde fines de marzo hasta muy entrado agosto.

de cuyo valor y liberalidad estaba seguro que siempre se hallarian muy satisfechos. Esta noble confianza fué realizada y aun excedida por el generoso carácter de Almagro. Los oficiales del Adelantado se fueron presentando á él á ofrecerle sus respetos y á darle su obediencia. Él los recibia con tanta afabilidad y agasajo, y los metió despues tan dentro de su estimacion y confianza, que verdaderamente los hizo suyos, no sólo durante la vida, sino hasta despues de la muerte: pudiéndose tal vez asegurar que este gran séquito y corte de tantos caballeros con que se vió de allí en adelante Almagro, fué por las pretensiones desmentidas que en él produjo, y por la envidia que causó en sus rivales, ocasion muy principal de los males que despues sobrevinieron, y en que al fin se perdieron caudillo y capitanes ¹.

Los dos generales enviaron aviso de este concierto al gobernador, que recibió á los mensajeros con grandes demostraciones de alegría, y les dió ricas preseas en albricias. Almagro, antes de volver á las provincias de arriba, dejó de gobernador en su lugar para las de abajo á Sebastian de Belalcazar, con quien se quedó buena parte de la gente de Alvarado, y le dió orden de que la poblacion comenzada en Riobamba se trasladase á los aposentos que tenian

¹ Alvarado lo presentia así cuando en su carta al Emperador decia, hablando de la gente que él dejaba al Mariscal: *con la cual se ha mudado la condicion de Almagro de tal manera, que temo que la llegada de Hernando Pizarro con los despachos que diz que trae de V. M., no sea parte para que entre ellos baya alguna gran discordia por donde se pierda todo.*

los Incas en el Quito. Envió un capitan para que poblase en Puerto Viejo, á fin de evitar los males que solian hacer en la tierra los recién llegados al Perú, y vuelto á San Miguel de Piura con Alvarado, pasaron de allí al valle de Chimo, donde dejó á Miguel Estete para que procediese á fundar la poblacion que despues se llamó Trujillo. Ordenadas estas cosas, el Mariscal y el Adelantado prosiguieron su camino hasta Pachacamac, donde á la sazón se hallaba Pizarro. Fueron grandes los comedimientos y cortesías que pasaron entre los tres; si bien no faltaron males que quisieron inducir sospechas en el ánimo del gobernador, avisándole que mirase por sí, porque Almagro y Alvarado venian muy conformes en trabajar para quitarle el gobierno y desautorizarle. Supo él entonces dar la acogida que merecia tan absurda suggestion, recibió con dignidad y honradez las excusas que le dió Alvarado; y á la recomendacion que le hizo de sus oficiales y soldados, prometió hacer tanto en su favor, que así él como ellos tuviesen lugar de quedar enteramente satisfechos. Juntos fueron despues á ver el gran templo de aquel valle, donde Alvarado pudo por los clavos y vestigios que aun quedaban en las paredes, considerar la riqueza que le adornó en otro tiempo. De allí á poco llegó Hernando de Soto, encargado de traer los cien mil pesos para Alvarado, el cual se dispidió del Perú, rico á la verdad con aquel oro, y con los magníficos presentes que el gobernador y Mariscal le hicieron; pero solo, sin ejército, sin armada, y puede tambien decirse que sin hon-

ra. La expedición, á la verdad, no tuvo el éxito tan desastrado como su desacuerdo y temeridad prometían; pero él había salido de Guatemala con el atuendo y arrogancia de un gran conquistador, y volvía cargado de cajones de oro y plata, á manera de mercader ¹.

Esto pasaba á fines del año de 1534 y principios del siguiente, en que Pizarro se ocupaba en reconocer los diferentes puntos de aquella comarca, propios para asentar una ciudad que fuese la capital del nuevo imperio. El valle de Linnac ó de Rimac (que estos dos nombres le dan los escritores) le ofrecía todas las comodidades que podía desear para este fin: posición central en las provincias, proximidad á la mar, suavidad de clima, fertilidad y amenidad de terreno, comodidad de un buen puerto. Resolvió, pues, fijar allí el grande establecimiento que proyectaba, y eligió un sitio á dos leguas cortas del mar, y cuatro de Pachacamac, junto á un río, no grande, pero fresco y delicioso. Hizo venir allí á los pobladores de Xauxa, repartió los solares, y celebró la solemnidad de la fundación con todas las ceremonias acostumbradas en 18 de enero de 1535 ². Púsole el nom-

18 de
Enero de
1535

¹ Esta relación de la expedición de Alvarado está sacada principalmente de Herrera: las fechas y algunas circunstancias se han tomado de las cartas inéditas de Alvarado; que es lo único para que puede ser útil su imperfecta y parcial narración, en donde no tira á otra cosa que á disculparse á sí mismo á costa de los dos descubridores del Perú. Copia de estas cartas existe en la copiosa y exquisita colección del Señor Don Antonio Uguina.

² A los mas ha engañado el nombre de los reyes puesto á la nueva ciudad, para deducir de ello que fué fundada el 6

bre de los Reyes, acaso porque en su festividad andaba buscando y encontró al fin el punto en que había de fundarla. Pero el nombre que tenían el valle y río que se sentó, ha prevalecido sobre el primero; y la capital del Perú español no tiene ya otro dictado que el de Lima.

Marchó en seguida al valle de Chimo á examinar la población que allí había proyectado el Mariscal Almagro á la vuelta de su última expedición, y de que quedó encargado Miguel Estete, y como hallase muy de su gusto el sitio elegido, aprobó y confirmó cuanto se había hecho, y en obsequio y honor de su patria le dió el nombre de Trujillo. Allí se ocupó tambien en arreglar el estado de aquellas provincias: confirmó en su cargo á Sebastian de Belalcazar, repartió la tierra, se ganó la afición de todos los vecinos de ella, y procuró con medios suaves atraer de paz á los indios. Bien sabia él usar estas artes cuando queria, y mas entonces que, viejo y cascado, menos á propósito para los trabajos activos é impetuosos, gustaba con preferencia de entender en fundar pueblos, hacer repartimientos, dar leyes, distribuir mercedes, en suma, hacer vida de príncipe, objeto á que se habían dirigido todos sus trabajos y sus esfuerzos desde que su ambición se despertó. Así puede llamarse esta época una de las mas afortunadas de su vida, si se ha de medir la fortuna por

de enero. En el texto se sigue al P. Bernabé Cobo, que en su libro de la *Fundación de Lima* fija la fecha en el día 18 de enero: la autoridad de este escritor en esta y otras cosas del nuevo mundo es irrecusable.

la ambicion satisfecha : puede llamarse tambien quizá la mas gloriosa en realidad , siendo cierto que vale mas la fama que se gana en conservar y edificar , que la que se adquiere en destruir. Pero este período duró poco , y ya las semillas de la discordia civil se iban á sembrar en los ánimos , para producir la ponzoña que causó despues tantos estragos.

Hallábase aun en Trujillo , cuando apareció allí un mozo desconocido que dijo traer las provisiones reales para que Don Diego de Almagro fuese gobernador desde Chíncha en adelante. Oida que fué esta noticia por Diego de Agüero , uno de los capitanes que habian servido con Almagro en la expedicion del Quito , voló al instante á ganarse las albricias de la noticia , y alcanzó á Almagro junto á la puente de Abancay , cerca del Cuzco ; y sin tener ni orden ni comision para ello , le dió la noticia y el parabien de parte de Don Francisco Pizarro. A esto contestó Almagro con su buena fe acostumbrada , *que le agradecía el trabajo que se habia tomado , y tenia en mucha la merced que el Rey le hacia , y se holgaba de ella , porque así nadie se entrase en la tierra que él y su compañero habian ganado : pero que en lo demas tan gobernador era él como Don Francisco Pizarro , pues mandaban lo que queria.* Dió en seguida á Agüero en albricias por valor de siete mil pesos , y continuó su viaje al Cuzco. Iba á residir allá con poderes amplios de su compañero , para tomar á su nombre el mando de aquellas partes , y facultad de descubrir por sí ó por otros hácia lo que llamaban

Chiriguana , al mediodia , corriendo lós gastos por mitad. Acompañábanle los dos hermanos de Alvarado y demas principales oficiales de aquel ejército que se habian puesto en sus manos , cifrando toda su fortuna en su amistad y en sus ofertas. Para ellos , por consiguiente , era tan grata como para él aquella noticia , pues le veían ya con poder y autoridad para realizar sus promesas. Llegó al Cuzco , fué recibido con todo honor y respeto por Hernando de Soto , los dos Pizarros Juan y Gonzalo , y demas gente principal que allí habia. Y como á poco tiempo se le presentó aquel mozo con un solo traslado de las provisiones , pues las originales las traía Hernando Pizarro , el mal aconsejado Mariscal se desvaneció de modo , que no quiso usar de los poderes que llevaba de su compañero , porque no estando el Cuzco dentro de la primera gobernacion , y sí de la segunda que se le conferia á él , fuera menoscabar su autoridad , cuando ya sus poderes emanaban del Rey mismo.

No dudaba entonces el gobernador que el Cuzco caía fuera de los límites de su mando. Dolíale sin embargo perder de aquel modo la mas rica joya de su conquista , y mucho mas no haber repartido la tierra , y ver que otro habia de llevar la gloria y las ventajas de tal beneficio. Aconsejado , pues , de amigos mas interesados por él que por el Mariscal , y todavía mas impelido de su propia ambicion y anhelo de mando , revocó los poderes que habia dado á su compañero , poniendo por pretexto en las cartas que escribió , así á él como á la ciudad , que lo hacia con el fin de que así quedase el Mariscal

mas desembarazado para sus descubrimientos, y tambien porque en el caso de que llegasen las provisiones del rey en la forma que sonaban, no era bien que le encontrasen gobernando con poderes suyos. Los poderes para gobernar se enviaron á Juan Pizarro, pero con expresa órden de que era para el solo caso en que Almagro quisiese usar de los que llevaba suyos; porque si no se aprovechaba de ellos debia seguir con el mando Hernando de Soto, que á la sazón le ejercia. Con este despacho envió á toda priesa á un Melchor Verdugo, y él se puso en camino para Lima. Verdugo llegó al Cuzco mucho despues que el Mariscal, á quien no hubo que notificar nada, porque no hacia caso de los poderes que el gobernador le habia dado; y se trataba ya en particular, y hablaba, disponia y prometia, como si lo fuera en realidad de aquella tierra. Ofendieronse los dos Pizarros de ello, la ciudad se dividió en bandos, el mayor número seguia á los dos hermanos, pero los principales y mejores, cansados de su orgullo y su soberbia, se inclinaban al Mariscal. Fueron y vinieron quejas y chismes de una parte á otra, las pasiones se inflamaron, y hubo día en que salieron los dos bandos á la plaza, ya casi echando mano á las armas y dispuestos á verter la sangre española. La prudencia y entereza de Soto, unidas á la moderación de Almagro, pudieron entonces contener el escándalo, aquietándose con la providencia que Soto tomó de que los Pizarros y sus principales amigos tuviesen sus casas por cárcel, y el Mariscal guardase la suya, para que los otros obedeciesen mejor.

Llegó la noticia de estos alborotos á Lima, y llegó con la exageracion que las malas nuevas llevan desde lejos cuando van contadas por la voz de las pasiones. Pizarro, juzgando en peligro la vida de sus hermanos, determinó ir al Cuzco al instante, y se llevó consigo al licenciado Caldera, y á Antonio Picado, á quien habia hecho su secretario. En el camino tuvo diferentes avisos: porque recibió el mensaje que le llevaba Luis Moscoso de parte de Almagro, en que le daba cuenta de lo que habia pasado, y despues una carta de un Carrasco en que le decia que se diese priesa si queria ver á sus hermanos vivos. Él se alteró, llamó á Moscoso y le reconvinó por su falta de verdad: mas insistiendo el otro en que la carta mentia, envió con él á Antonio Picado, para que le informasen con certeza del estado de las cosas; y sabiendo por ellos que todo estaba quieto, prosiguió su camino y llegó al Cuzco. No consintió que se le hiciese recibimiento ninguno, y se fué derecho á la iglesia, donde al instante le fué á ver el Mariscal. Abrazáronse con lágrimas, y luego prorrumpió Pizarro: *Mirad como me hacéis venir por esos caminos, sin cama, sin tienda, comiendo solo maíz. ¿Dónde estaba vuestro juicio, que, habiendo lo que hay de por medio, os poneis en tales reyertas con mis hermanos? ¿No les tengo yo mandado que os respeten como á mí mismo? - No era necesaria esa priesa,* contestó Almagro, *pues que yo os he informado al instante de todo lo que ha pasado: á tiempo estais y lo sabreis. Vuestros hermanos han mirado mal en este caso, y no han*

podido disimular el pesar que les causan las honras que el rey me ha hecho. Llegó en aquel punto Hernando de Soto acompañado de muchos caballeros á darle la bienvenida; y luego que estuvo en su posada, reprendió mucho á sus hermanos, y ellos se disculpaban diciendo, que ya el Mariscal se tenia por gobernador del Cuzco, y trataba de repartir la tierra entre sus amigos, y que ellos en tal caso no habian hecho mas que lo que convenia á su honra y servicio.

El porte del gobernador en este paso no desdecia de la amistad antigua, ni del decoro que se debia á sí mismo y á su antiguo compañero: no así el del Mariscal, á quien verdaderamente no se puede excusar de inconsideracion y ligereza, y sobre todo de falta de miramiento á los respetos que debia á su gobernador y su amigo. Sin embargo, como los ánimos no estaban todavía enconados con ningun agravio positivo, y acaso mas bien por creer cada uno que la presa que se disputaban vendria á su poder sin nuevos escándalos ni dificultades, dieron fácilmente oídos á las gestiones de conciliacion que el licenciado Caldera y otros mediadores interpusieron; y la amistad y compañía de los dos capitanes se

21 de
junio de
1535.
(1)

I Así está la fecha en Montesinos, que pone en la relacion de este año la ceremonia y la concordia á la letra: Herrera pone tambien los artículos de ella: son cinco, y ninguno dice relacion expresa á la causa inmediata de aquella primera disension, que era la pertenencia del Cuzco. Es verdad que las provisiones reales no habian llegado todavía; pero ¿no parecia natural prever y precaver el caso para cuándo llegase? Los dos anhelaban por tener en su gobernacion la capital del Perú, y esto se olvida enteramente en la concordia, la cual parece mas una renovacion de compañía mercantil, que un arreglo político de mando y de gobierno.

volvió á renovar y confirmar en los altares. Celebróse, pues, la misa delante de ellos, partióse la hostia entre los dos, y se añadieron todos los juramentos y solemnidades que al religioso acto convenian. Votáronse uno y otro, si faltaban á la sinceridad y buena fe en el trato, á la conservacion y mantenimiento de su amistad y compañía, y á la reparticion igual de los provechos, á todos los males que deben sobrevenir en este mundo y en el otro á los perjuros; esto es, perdicion de hacienda y de honra, perdicion de vida, y perdicion de alma. Por honor á la religion de los dos me inclinaria yo á creer; á pesar de las sospechas que en esta ocasion manifiestan los historiadores, que uno y otro procedian de buena fe, y que tenian ánimo de cumplir lo que entonces ofrecian. Es cosa deplorable por cierto que promesas tan santas, y amistad tantas veces confirmada y jurada, se rompiese despues de un modo tan sangriento y cruel. Pero estos actos religiosos si infunden respeto y veneracion en el momento en que se celebran, no acaban por eso con los intereses ni con las pasiones: el corazon queda el mismo, y á la menor ocasion se escapa otra vez como primero, sin que pueda acusársele de falso y de sacrilego, aunque con razon se le tache de perjurio.

Publicóse despues la jornada del Mariscal para Chile: prefirió él para su viaje esta direccion, así por las riquezas que le decian habia en aquellas provincias, como por caer en los términos de la gobernacion que aguardaba. Alistáronse para seguirle todos los aventureros que no habian hecho todavía su fortuna, y aun algu-